

La mujer griega a través de la iconografía doméstica

PILAR GONZÁLEZ SERRANO
Profesora Titular de Arqueología
Universidad Complutense de Madrid

Una de las estelas funerarias griegas más conmovedora de cuantas se conservan en el Museo Nacional de Atenas es la llamada *Estela de Hegeso*¹, porque tal es el nombre de la difunta ateniense que en ella aparece representada, acompañada de una joven esclava, en el momento en que se despiden de las joyas guardadas en el joyero que tiene en su regazo y que va contemplando, de una a una, en el momento de su adiós definitivo. En ese instante supremo, que representa su tránsito al más allá, sorprende el hecho de que esté a solas con una esclava y que, además, sus cosas más queridas sean una serie de menudencias, valiosas, sobre todo, desde el punto de vista espiritual, por los recuerdos que en ella despiertan, hasta el punto de elegir las como la última imagen que quiere grabar en su retina al iniciar su último viaje. Ese mundo de afectos ligados a las cosas pequeñas, tan propios de todas las mujeres, en el ámbito doméstico griego, tan sólo podían compartirse con las viejas nodrizas o las esclavas. Tal circunstancia explica el hecho de que, en este caso, entre la señora y su acompañante se perciba un nexo de melancólica comprensión, de una complicidad sin palabras (fig.1).

Si el elogio más cumplido que una mujer griega recibió de su marido en un célebre epitafio el de *fue casta, hiló la*



Figura 1. Estela funeraria de *Hegeso*, hacia 410 a.C. Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

■ Fue casta, hiló,
tuvo cuidado de la
casa ■

lana, tuvo cuidado de la casa, ¿cómo se le podía pedir al varón griego que estuviera al tanto de los sentimientos de su esposa y menos de los referentes a todas esas vivencias íntimas que ella había "apresado" en su joyero personal?

Esta conocida estela permite abordar, como podríamos hacer con otros

■ El papel de la mujer griega como "ecónoma" fue definitivo ■

muchos ejemplos, el estudio de una iconografía doméstica relacionada con el mundo de la mujer griega y que nos conduce a comprender lo que fue su vida y cometidos en una sociedad en la que prácticamente no tenía la menor representatividad oficial, ya que vivió siempre sometida al varón, tanto fuera su progenitor o su esposo. Sin embargo, su papel como esposa y madre y, sobre todo, como "ecónoma" de los bienes del hogar fue definitivo para el buen funcionamiento de la sociedad griega.

La postura masculina ante la mujer queda patente en el *Contra Neera*, expuesta como un programa desolador: *Tenemos a las cortesanas para el placer, a las concubinas para la casa, a las esposas para la procreación legítima y el buen gobierno de la familia*². Partiendo de estos principios, es obvio que una pregunta acerca de la liber-

¹ El nombre de la difunta *Hegeso Proxeno* figura en la parte superior de esta estela de mármol (1,49 m. de altura) procedente del Cerámico de Atenas. Museo Arqueológico nacional de Atenas.

² [Dem.] 49,122.



Figura 2. Reconstrucción, según Saridis de un sillón (*klismós*) y un escabel, a partir de la Estela de *Hegeso*.

tad de opción femenina recibiría por respuesta, en el mejor de los casos, un gesto de indiferencia, ya que según un dicho de la época, *el amor era la enfermedad de los espíritus desocupados*.

Es evidente que los sentimientos de la mujer se tenían poco en cuenta. Los matrimonios eran fruto de una concertación paterna y, aunque no puede descartarse el hecho de que algunos jóvenes enamorados llegasen a casarse con el beneplácito de las respectivas familias, lo normal era que las mujeres aceptasen al marido elegido por sus padres. Hasta en tales circunstancias, cabe la posibilidad de que se dieran casos de amor y hasta de pasión conyugal transitoria o perdurable, pero lo cierto es que, en el panorama general de la sociedad, lo que se percibe, al tratar de analizar el papel de la mujer, es su responsabilidad como madre y gobernanta de la casa.

La moral en uso permitía al hombre toda suerte de evasiones extraconyugales, tanto con heteras como con efebos, pero la castidad de la mujer era un hecho incuestionable. En caso de adulterio, la ley permitía al esposo ultrajado repudiar a la esposa y matar a su rival. Incluso, podía ejercer este derecho cuando la seducida era una de sus concubinas, la mayoría de las cuales vivían bajo su techo. Ahora, ¡eso

sí!, por encima de todo estaba la familia, considerada como la institución fundamental de la ciudad-estado (*polis*) y dentro de ella, la piedra angular era, sin duda, la mujer-esposa, eficiente y sumisa. Las pasiones devastadoras quedaban para las míticas heroínas como Fedra, Clitemnestra, Medea, que con sus conductas depravadas habían desencadenado terribles tragedias. Sin embargo, la gran paradoja de la cultura griega es, precisamente, que sus heroínas dejaron huella como paradigma de grandes mujeres, con una personalidad inquebrantable, capaces de gestas heroicas, continuos sacrificios y venganzas terribles.

Figura 3. *Venus Genitrix* (o de los Jardines), copia de un original griego de hacia 425 a.C., atribuido a Kallimachos. Museo del Louvre, París.

■ El amor era la enfermedad de los espíritus desocupados ... ■

Volviendo a la estela de *Hegeso*, aún se pueden recabar más datos, analizando tanto la figura de la señora como la de la esclava, sus vestidos, sus tocados y el mobiliario que, en tan reducido espacio, aparece representado. *Hegeso* está sentada en una elegante silla de alto respaldo, amplio asiento y patas curvas (*klismós*), de diseño muy frecuente en el siglo V a.C., y reposa sus pies, calzados con ligeras sandalias, en un escabel, adornado, en sus lados cortos, con un fino relieve, en el que destaca una hoja lanceolada, trahunto en piedra del remate del original, posiblemente realizado en madera, como puede verse en la reconstrucción que del mobiliario de esta estela realizó Saridis (fig.2). Viste un fina túnica o *chitón* y un manto o *himatión* que se adaptan, con suaves pliegues, a las líneas del cuerpo. Lleva el pelo recogido sobre la nuca, con una redcilla, tocado frecuente a finales del siglo V a.C., y su rostro, de finas facciones, deja traslucir, su estado de ánimo. La joven esclava lleva un *chitón*, pero en este caso de manga larga (*quirototós*), dispuesto de una forma tan grácil que recuerda a la famosa *Venus de los Jardines* (o de *Frejus*, hoy en el Museo del Louvre) atribuida a Kallimachos, uno de los escultores postfidíacos, famoso por su delicadeza y barroquismo (fig.3). Su cabeza aparece cubierta por el *kekrífalos*, un pañuelo con el que las mujeres solían recogerse el pelo y cuya disposición variaba, según el gusto de quien lo llevaba puesto. Como calzado lleva unos chapines de punta cerrada que, probablemente irían abiertos por el talón. Con su mano derecha ayuda a sostener el joyero, en forma de una cajita de forma rectangular, que descansa en el regazo de su señora y del cual ella va sacando las joyas en las que centra su interés cargado de nostalgia.

Considerando la juventud de la esclava se puede deducir que era alguien muy próxima a la señora, tal vez la hija de la nodriza de la que, desde el hogar paterno, se hizo acompañar al casarse, siguiendo una costumbre muy generalizada entre las jóvenes desposadas que iniciaban su vida en el hogar marital rodeada de un reducido número de su servidumbre más próxima. Por su aspecto, es obvio que no pertenece al grupo de las robustas niñas que, al llegar los hijos, se incorporaban para su cuidado a la vida del gineceo. Por lo general éstas últimas eran campesinas.

Figura 4. Estela funeraria ática. Esclava doméstica atando la sandalia su señora. Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

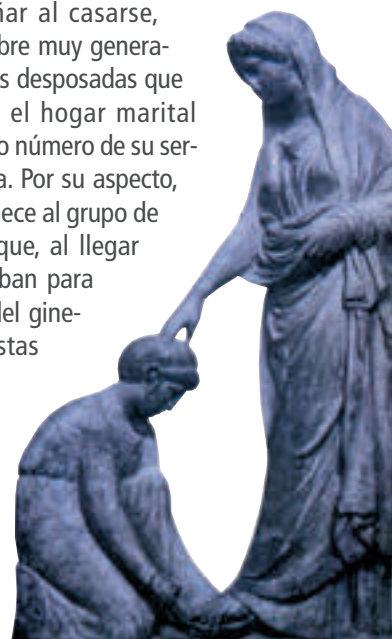




Figura 5. Crátera con pinturas rojas. Escena de Banquete, siglo V a.C. Museo Nacional de Nápoles.



Figura 6. Vaso griego de figuras rojas. Escena de Banquete, siglo V a.C. Museo Nacional de Ferrara.



Figura 7. Cortesana o *hetera* tocando el doble *aulós*. Detalle de la fig. nº 6.

nas procedentes de Laconia, afamadas por ser excelentes amas de cría y por conocer recetas y remedios que contribuían a la formación de niños sanos y fuertes.

Esta hermosa pieza, de cuidada factura, de la que se puede extraer la información expuesta, es posiblemente una obra salida, asimismo, del taller de Kallimachos. Se ha fechado hacia el 410 a.C. y es un elocuente ejemplo de esa atinada fórmula de "sugerir la muerte, sin representarla", de la que hicieron gala los griegos en este tipo de estelas y en los *lecitos* funerarios³. Tanto en las unas como en los otros las escenas de despedida, cargadas de *pathos*, transmiten, sin necesidad de otros acentos, el sereno dolor del último adiós.

Pensando en la suerte que corrían las esclavas y las heteras o cortesanas, la mujer griega libre podía considerarse una afortunada. Las esclavas procedían, en su mayoría, de familias de "bárbaros" o extranjeros que por una razón u otra (guerras, toma de ciudades, piratería, compraventa) habían pasado a ser esclavos en las ciudades griegas y habían engendrado hijos, constituyendo familias sin derechos de hecho, pero sí de uso. Las que disfrutaban de un mejor trato eran las domésticas, es decir las que se incorporaban al servicio de una casa acomodada, ya que en ella recibían, por lo general, un trato muy considerado (fig.4). Las más

agraciadas pasaban a ser heteras. Se las instruía en el arte de la música y de la danza y se las dedicaba al deleite de los hombres libres que buscaban su compañía sobre todo en los *symposia*, en los que se reunían para disfrutar de una mesa suculenta y de una charla amena, regada por buenos vinos (figs.5, 6, 7 y 8). La situación, en

cada caso, del obvio cometido de estas heteras dependía de la consideración de quienes solicitaban sus favores (fig.9). En ocasiones los asistentes a los banquetes acababan tan ebrios que lo único que necesitaban era una buena samaritana para aliviar sus excesos (fig.10).



Figura 8. Timpanista. Detalle de un vaso griego de figuras rojas, siglo V a.C. Museo Nacional de Ferrara.



Figura 9. Convidado a un banquete y *hetera*. Detalle de un vaso griego de figuras rojas. Siglo V a.C. Museo de Würzburgo.



Figura 10. Convidado ebrio asistido por una *hetera*. Fondo de *kylix* de figuras rojas. Pintor de Brygos, hacia 470 a.C. Museo de Würzburgo.

³ González Serrano, Pilar, "Las estelas del adiós", en la revista Más cerca de Grecia, Madrid, 1990, nº 5, págs. 89-95.

■ Las fiestas propias de las mujeres eran las *Tesmoforias* ■

La mujer libre, la hija de familia, era preparada, desde sus primeros pasos, para el matrimonio. La educación de los niños en Grecia se hacía por separado en cuanto salían del gineceo, el ámbito de la madre y las nodrizas. Los varones, libres y esclavos, jugaban juntos, con plena libertad, con juguetes muy sencillos, en ocasiones fabricados por ellos mismos. Los más frecuentes eran las peonzas, las tabas, las pelotas, los aros, los carritos de terracota, etc. También jugaban al yo-yo y a una especie de "tres en raya". Las niñas preferían, sobre todo, las muñecas, confeccionadas con arcilla cocida y sencillos sistemas de articulación de forma que podían sentarse y mover la cabeza. Sin embargo, muy pronto, comenzaba su adiestramiento como futura ama de casa, por lo que se les enseñaba a hilar, a tejer, a bordar y a realizar las tareas domésticas. A partir de esa etapa de su vida su única distracción era hacer este tipo de labores charlando en el umbral de la casa o en los patios interiores de la casa. Tal vez, el momento de mayor esparcimiento era el de ir a la fuente, con la *hidria*⁴, su inseparable amiga de correrías, a coger el agua potable que se necesitaba para beber, cuando sus padres se lo permitían (fig.11), ya que, por lo general, esta tarea era propia de las esclavas. Ese "ir a la fuente", lugar de encuentro de mozos y mozas hasta hace relativamente poco tiempo, en nuestros pueblos y aldeas, ha sido una cantera inagotable de inspiración literaria y de dichos populares cargados de doble sentido: *Tanto va el cántaro a la fuente que se*



Figura 11. Vaso ático de figuras negras. Muchachas en la fuente, siglo VI a.C. Museo de Villa Giulia, Roma.

rompe...

En realidad, la infancia femenina era muy corta, ya que antes de los quince años una joven ateniense podía ser dada en matrimonio. A esa edad si era avispada y había recibido una buena educación por parte de la madre ya podía realizar todas las tareas de la casa o vigilar a las esclavas en el caso de tener una posición desahogada. En su *Economía*, Jenofonte advertía, dejándose llevar por el sentir común que *a una joven esposa no se la exigía ni educación, ni ciencia, ni cultura, sólo modestia, obediencia y economía*, es decir, ser capaz de administrar los recursos materiales de la casa.

Este último cometido era el más importante de todos y, para ello, en la mayoría de los casos no consistía más que en vigilar atentamente el trabajo de las esclavas, ya que en las familias acomodadas lo más frecuente era que se tuvieran de dos a tres esclavas encargadas de realizar las tareas más pesadas de la casa: acarrear el agua potable, encender el fuego, amasar y cocer el pan, ordeñar a las cabras, ocuparse del corral, limpiar la casa y los patios, lavar la ropa en los lavaderos públicos o en el río, cardar la lana, hacer la comida, etc. Otro caso muy distinto era el de los matrimonios de economía doméstica precaria. En tales casos, el cubrir las necesidades cotidianas se convertía en un arte

exclusivo de la mujer, ya que tenía que hacer milagros para conseguir estirar los víveres de forma que no faltara lo imprescindible para la manutención del día a día.

Como es fácil de imaginar, no todas las mujeres eran virtuosas y de conducta irreprochable. Tanto en comedias como en escritos satíricos se las criticaba, aún a las más laboriosas y honestas, de perder el tiempo en continuas charlas con sus amigas y vecinas, y de servir de vehículo con sus chismorreos a toda suerte de rumores que, luego, se extendían por la ciudad. También se las acusaba de marimandonas, de manirrotas e, incluso, de abusar del vino. Algunos de estos defectos no dejan de tener su justificación. El aislamiento domiciliario sólo podía suplirse con el parloteo con otras mujeres, lo que hoy denominaríamos el "complejo de Electra", y para las posibles crisis vitales o depresiones no se contaba con más alivio casero que el alcohol, considerado como un buen tónico, ya que en la antigua Grecia sólo se consumían infusiones a base de cebada y plantas medicinales.

En este sentido, las palabras del legislador Carondas son aleccionado-



Figura 12. *Epinetron* de Eretría, hacia 425 a.C., con la representación de la boda de *Alcestis*. Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

⁴ Cántaro de tres asas, específico para coger agua en la fuente.



Figura 14. Detalle de la fig. nº 12.



Figura 13. Detalle de la fig. nº 12.

ras para prevenir fracasos reiterados: *Si has acertado con tu primera mujer, alégrate de tu fortuna, de lo contrario es una locura probar suerte con otra.*

En el transcurso de la vida de la mujer, el único día en que se convertía en protagonista social era el de su boda, programado de acuerdo con unos tradicionales preparativos y ceremonias organizados con el consentimiento paterno, por los padrinos, el *paraninfo* y la *paraninfa*. En cuanto el padre elegía a quien iba a ser el esposo de su hija, se fijaban los acuerdos económicos y la cuantía de la dote que él le entregaba y que podía ser reclamada en caso de repudio o divorcio. Se concertaba, de este modo, la promesa de boda (*engúesis*) y la joven, a partir de ese momento dejaba de ser *parthenos* (virgen) para convertirse en *nymphe* (prometida o novia). Desde entonces, comenzaban los preparativos de la boda propiamente dicha (*gámos*) que consistía en la entrega oficial, ante testigos, de la joven desposada a su marido.

Los ritos propiciatorios, de despedida y de purificación comenzaban la víspera del día del enlace. Se iniciaban con los correspondientes sacrificios a los dioses protectores del hogar y de la fecundidad, así como a los patronímicos de la propia familia: Zeus, Hera, Ártemis, Apolo y Pitó (la persuasión). Después, se procedía a la preparación del banquete nupcial y al adorno de los carruajes que iban a emple-

arse en el cortejo de acompañamiento de la novia hasta la casa del marido. Entretanto, las amigas de la novia y los familiares más íntimos se dirigían en procesión a la fuente principal de la ciudad, en el caso de Atenas a la llamada *Calíroo*, a coger en una vasija ritual, llamada *loutrophóros*⁵ (fig.14), el agua precisa para el baño ritual de la novia que tenía lugar en el gineceo, antes de la boda. Allí se ungía, además, su cuerpo con aceites perfumados, se peinaban sus cabellos y se disponía su atuendo y el velo con el que debía recubrir su rostro durante la ceremonia.

En el célebre *epinetron*⁶ de Eretría del Museo Arqueológico Nacional de Atenas, un objeto eminentemente femenino y, en este caso, de gran calidad, aparece representada la escena de los preparativos de una famosa novia, *Alcestis*, y del aposento nupcial que va a compartir con su esposo *Admeto*. En ella pueden apreciarse los cuidadosos afanes de sus amigas por atenderla, por engalanarse entre ellas y decorar el dormitorio colocando flores en los vasos utilizados en la ceremonia nupcial, dos *lebetes gamikos* y un *loutrophóros* (figs.12, 13 y 14). Estas delicadas pinturas vasculares, de figuras rojas, fechadas hacia el 425

■ Si has acertado con tu primera mujer, alégrate de tu fortuna, de lo contrario es una locura probar con otra ■

⁵ Este tipo de vaso griego, semejante a una ánfora de esbeltas formas y asas ornamentadas se solía poner, asimismo, en las tumbas de las mujeres solteras por su significado ritual.

⁶ Objeto de barro cocido que se adaptaba a la forma del muslo y la rodilla, y del cual se servían las mujeres para hilar la lana.

⁷ *Alcestis*, hija de Pelias, rey de Yolco, ofreció su vida por la de su esposo *Admeto*, condenado por *Ártemis* a morir, resentida porque, en el día de su boda, se olvidó de ofrecer un sacrificio en su honor. Sin embargo, cuando la joven ya estaba muerta, *Heracles* la rescató de los infiernos y la devolvió a su desolado esposo, conmovido por el amor de su mujer. Según otras versiones, había sido *Perséfone*, quien impresionada por la abnegación de *Alcestis*, la había devuelto a la vida.

⁸ El ateniense Solón (640-558 a.C.), legislador, poeta, filósofo, fue uno de los siete sabios de Grecia (junto con Tales de Mileto, Quilón de Esparta, Pitarco de Mitilene, Bias de Priene, Cleóbulo de Lindos y Periandro de Corinto, según Sócrates). Descendiente del rey Codro y primo del tirano Pisístrato, fue el autor de una famosa Constitución con la que suprimió los privilegios de la nobleza, dividió a los atenienses en cuatro clases, cuyos derechos estaban en relación con sus obligaciones e instituyó un gran número de leyes, famosas por su talante y moderación.

⁹ El *demos* de Brauron se encontraba en la costa oriental del Ática, a 30 km. al este de Atenas. El santuario de *Ártemis Brauronia* ha sido excavado, principalmente, por J. Papadimitriou.

¹⁰ La flor del azafrán y los tejidos teñidos con esta planta estaban relacionados con el mundo sagrado y erótico.



Figura 15. *Lecito*. Pintor de Amasis. Cortejo nupcial, hacia el 550 a.C. Museo Metropolitano de Nueva York.

a.C. transmiten el ambiente íntimo de la mujer en el día más importante de su vida, a través de un tema sugerente y de buen augurio, ya que la unión de esta célebre pareja fue un modelo de amor conyugal⁷.

Los regalos de parientes y amigos se acumulaban en la casa de la novia desde donde serían trasladados en los carros que componían el cortejo nupcial de los desposados que tenía lugar la noche de la boda o al día siguiente. Después de la ceremonia de entrega, se celebraba el banquete nupcial, con todo boato, aunque las mujeres se sentaban en el sitio que se les destinaba, separadas de los hombres. Se ofrecían de nuevo, sacrificios a los dioses para asegurar la fecundidad del matrimonio, salud y larga vida, una convivencia feliz y el alejamiento de toda suerte de malos augurios. A los invitados se les ofrecían, además de exquisitas viandas, buenos vinos y selectas frutas, coronas de flores con las que adornarse, como



Figura 17. Detalle de un vaso griego de figuras rojas. Madre con su hijo sentado en el *amis*. Siglo V a.C., Museo Nacional de Ferrara.

señal de gozo y alegría. Tal era, en algunos casos, el despilfarro en este tipo de celebraciones, que Solón⁸ se vio obligado a limitar con leyes suntuarias los gastos exagerados que originaban tanto las bodas como los funerales, sobre todo entre las gentes adineradas y de clase media que, haciendo dispendios por encima de sus posibilidades, llegaban a contraer deudas considerables.

La noche de bodas transcurría en el hogar de la novia, o ya en la del novio en un aposento

Figura 16. Detalle de un vaso griego de figuras rojas. Madre con su hijo. Siglo V a.C. Museo Nacional de Ferrara.



engalanado a tal fin, el *tálamos*. Su calidad erótica estaría en función de los lazos de afecto que unieran a los esposos, pero, al menos, la joven esposa no era víctima de una violencia dolorosa, ya que todas las niñas, en torno a los diez años, sufrían un ritual de iniciación sexual en el santuario de *Ártemis Brauronia*⁹ con el fin de que la pérdida de su virginidad no supusiera para ellas un acto traumático desde el punto de vista físico. A las *arkteia* (de *arktos*, oso -a), las "fiestas de la osa", asistían las niñas vestidas de color azafrán¹⁰, como exigía este ceremonial de tránsito a la pubertad, orgullosas de ser las protagonistas del primer acto social que a ellas se las dedicaba. Durante estas celebraciones, una sacerdotisa cubierta con piel de oso, con un falo artificial, *olisbos*, rompía el himen de las niñas, con lo cual quedaban supuestamente "bien preparadas" para mantener relaciones sexuales con sus futuros esposos. Después de esta iniciación, las niñas ofrecían a la diosa sus vestidos virginales, los lazos de sus cabellos, sus juguetes, etc., y regresaban a sus casas sabiéndose dispuestas para el matrimonio¹¹.

Terminado el festejo, al caer la noche o al día siguiente de la boda, se organizaba el cortejo nupcial, es decir el traslado de la recién desposada a casa del marido (fig.15), entre los gritos de alegría y el alboroto de los jóvenes que esperaban la salida de los novios a la puerta de la habitación donde habían compartido lecho por primera vez y cuya puerta había estado vigilada por un amigo del novio, el *thyrorós*. Se hacían invocaciones rituales: ¡*Himeneo, dios del himeneo!* y una vez cargadas las carretas, la procesión se dirigía al nuevo domicilio. Si el traslado se hacía de noche, el cortejo se iluminaba por medio de antorchas. Al llegar a la nueva casa, la novia era recibida por los padres del marido. La madre ceñía la cabeza de su nuera una corona de mirto y derramaban sobre ella nueces e higos secos, le ofrecía un trozo del pastel nupcial, hecho con ajonjolí y miel, depositando, después, entre sus manos un membrillo, símbolo de fertilidad. Dicho mem-



Figura 18. *Amis* (orinal) infantil de terracota. Reconstrucción. Museo del Ágora de Atenas.

llo se mantenía entre las ropas del ajuar de la desposada como un recuerdo del día de su boda y para alejar de ella los malos olores. El día siguiente o de "torna-boda", aún se consideraba como una fiesta y se continuaban las invitaciones a los amigos y familiares, ya que era, entonces, cuando se hacía entrega de la dote prometida y se cerraban los últimos tratos. A continuación, el marido comunicaba a su *fratría* o estirpe su matrimonio y, a partir de entonces, se iniciaba una vida de embarazos y rutina para la mujer, ya que, incluso, le estaba vetado el ir de compras, cometido del que se encargaba el hombre de la casa. Con todo era su mejor destino, ya que en los casos de esterilidad se procedía a su repudio, totalmente aceptado por parte de sus progenitores.

Es obvio, que en las capas más bajas de la sociedad, en las que los padres no tenían la posibilidad de dar una dote a sus hijas, no podían hacer frente a este tipo de bodas y menos aún los esclavos. Por esta razón fueron frecuentes las uniones de hecho, con el consiguiente perjuicio para los hijos, ya que solamente tenían la categoría de ciudadanos los nacidos de matrimonios legales. En tales ambientes, además, las mujeres, en caso de mucha necesidad, podían

establecer algún humilde puesto en el ágora, por lo general dedicado a la venta de verduras, frutas, perfumes o coronas de flores para las ceremonias y banquetes, ejercer como parteras, participar en determinadas tareas artesanales y en el trabajo de los campos.

En el ámbito doméstico, el principal cometido de la mujer ateniense, aparte de la crianza de los hijos (figs. 16, 17 y 18) era el de hilar y tejer. La lana y el pelo de cabra eran las fibras más usadas y las que en todas las casas se sabían preparar. También se conocía el lino del que se obtenían piezas de mayor precio. El tratamiento de la lana comenzaba con un lavado de agua caliente para quitarle la grasa. Luego se ponía a secar y, más tarde, se procedía a su cardado con ayuda de gruesas cardas metálicas sobre superficies duras. En pequeñas cantidades se podía realizar esta tarea sobre un *epinetron*, como el ya citado de Eretria. Posteriormente se hilaba con la rueca y con el uso. Todos estos objetos fueron tan propios de la mujer griega que fue frecuente depositarlos en las tumbas de quienes habían sido unas buenas amas de casa. No hay que olvidar que todas las prendas, tanto de ajuar doméstico, como de vestir, salían de los telares caseros, en su mayor par-

¹¹ Según la leyenda, una niña jugando con una osa domesticada que se había instalado en el santuario de *Ártemis* para vivir pacíficamente junto a los humanos, fue arañada por el animal en el transcurso del juego. Su hermano, furioso al ver las heridas en el rostro infantil, la mató. Desde entonces, por haber dado muerte a un animal consagrado a la diosa cazadora, las hijas de los ciudadanos atenienses tenían que imitar a la osa y destruir su salvajismo latente, para poder cohabitar con sus maridos sin ningún tipo de peligro para ninguno de los dos.



Figura 19. Disposición del *peplo* dórico.

te. Eran telares consistentes en un simple marco vertical con rodillos del que pendían los hilos de la trama, mantenidos tirantes por una serie de pesos. Todas las prendas que de ellos salían eran piezas rectangulares, que, en el caso de las destinadas a mantos o vestidos, se disponían, sobre el cuerpo, de distintas formas y maneras y según el gusto y criterio de sus usuarios o usuarias. El vestido por excelencia de la mujer griega fue el *peplo* de lana (fig.19),

mientras que las heteras o cortesanas, solían vestir el transparente *chitón* de lino. El manto, en uno u otro caso, recibía el nombre de *himation*. Los tejidos de algodón y de seda que también se usaron eran productos importados y que llegaban ya manufacturados.

El caso de Penélope, la "gran tejedora de sueños", con su tejer y destejer cotidiano, es el más encomiable ejemplo de la labor cotidiana de una fiel esposa; y, en el de las *moiras*, las tres hilanderas, hijas de Zeus y Temis, son la personificación del destino, porque la vida de cada ser humano pende del hilo que *Átropo* hila, *Cloto* enrolla y *Laquesis* corta, llegado el momento final.

Personal apego tenían las mujeres griegas al



■ El lucir aderezos de alto precio redundaba en el prestigio personal del marido ■



Figura 21. Detalle de un vaso griego de figuras rojas. Escena de tocador. Siglo V a.C. Colección Kannelopoulos. Atenas.

cofre procedente, por lo general, del hogar paterno, en el que guardaba sus enseres más preciados e íntimos. Por esa razón la representación de figuras femeninas, con un arconcillo entre sus manos o en el regazo, fue muy frecuente en los ya citados *lecitos* funerarios (figs.20 y 21).

Las ocasiones de distracción para las mujeres se las brindaban determinadas fiestas en las que su presencia era admitida y las celebraciones de carácter oficial, como eran las bodas, los nacimientos y los funerales, en los cuales su participación como plañideras alcanzaba, en ocasiones, grados de profesionalidad. Las fiestas propia de las mujeres casadas eran las *Tesmoforias*, celebradas, durante tres días, en el mes de noviembre (*Pianepsion*), en honor de *Deméter* y *Perséfone*, las grandes diosas de Eleusis¹². Eran fiestas dedicadas a propiciar la fertilidad y, en el transcurso de las mismas, las mujeres gozaban de la mayor libertad para reunirse con las amigas y gastar todo tipo de bromas. El rito más sorprendente era el que consistía en tirar, en unas cuevas, los restos putrefactos de unos lechones, recuperados de

Figura 20. Detalle de un *lecito*. Figura femenina con su cofre personal. Siglo VI a.C. Museo de Bruselas.



Figura 22. Detalle de un vaso griego de figuras rojas. Escena de tocador. Siglo V a.C. Museo Nacional de Ferrara.

los hoyos en los que los habían depositado en las fiestas de las *Skiroforia*, celebradas en el mes de Junio, mezclados con semillas, falos y serpientes hechas con masas de pan que se ponían, después, sobre un altar. Aristófanes, en su conocida obra, titulada las *Thesmophoriazousai* (las Tesmoforiantes), dibujó un detallado cuadro de estas festividades, eminentemente femeninas. En ocasiones muy contadas también podían asistir a las representaciones teatrales, ya que eran celebraciones en honor de *Dioniso*.

Con todo ello, en el acicalamiento personal, la mujer griega debió de emplear gran parte de su tiempo. Son innumerables las escenas que así lo demuestran, reflejadas, sobre todo, en los vasos cerámicos (fig.22). Así mismo, los objetos de tocador, los ungüentarios, los joyeros y las joyas (figs.23 a 26), algunos de alto valor estético y económico nos ponen en contacto con el mundo privado de la mujer griega que, en ocasiones, debió de gozar de un alto nivel de vida, lo que le permitía satisfacer toda clase de caprichos personales. Probablemente, el lucir aderezos de alto precio era



Figura 25. Tarro para ungüentos. Museo del Ágora de Atenas.

Figura 23. Espejo de plata con dedicatoria. Colección Kannellopoulos. Atenas.



Figura 24. Dos pendientes y un peine. Museo del Ágora de Atenas.

¹² Localidad situada a unos 25 Km. al NO. de Atenas, donde se hallaba el gran santuario dedicado a estas dos diosas. En su honor se celebraban las pequeñas Eleusinas, en el mes de Febrero, para conmemorar la vuelta de Perséfone a su vida terrestre, y cada cinco años, las Grandes Eleusinas o Grandes Misterios, cuyo acto final y secreto tenía lugar en el *Telesterion*.



Figura 26. Joyas de la Colección de Elena Stathatos. Pendiente del siglo VII a.C. y pulsezas helenísticas. Museo Arqueológico Nacional de Atenas.



Figura 27. Utensilios de cocina: sartén, espu-maderas y cucharón. Museo Benaki. Atenas.



Figura 28. Horno de patio. Museo del Ágora de Atenas.

un símbolo de bienestar económico que redundaba en el prestigio personal del marido, lo que no deja de estar vigente en la actualidad.

Sin embargo, los utensilios más cercanos a la mujer griega fueron los relacionados con el mundo de la cocina y el yantar cotidiano (fig.27). Especialmente curiosos resultan los ejemplares de hornos de patio (fig.28) y portátiles (fig.29) porque nos acercan a modos de vida similares a los actuales. Entonces como ahora, en los días de buen tiempo, muy frecuentes en el ámbito mediterráneo, era normal cocinar en el patio o jardín de la casa. El Museo del Ágora de Atenas guarda una gran colección de todos esos objetos domésticos que formaron parte esencial del ámbito femenino, donde, entre pucheros, afortunadamente, siempre se han abierto paso los ensueños remontando la realidad.



Figura 29. Horno portátil y sopera. Museo del Ágora de Atenas.

Bibliografía

- Allen, K., *One day in ancient Greece*, Londres, 1974.
- Aguilar, R., "Un día en la vida de una mujer griega", en *Historia* 16, Madrid, julio, 1997.
- Bérard, C., "L'ordre des femmes", *La Cité des Images. Religion et société en Grèce ancienne*. Paris, 1984, págs. 85-104.
- Brulé, P., "La fille d'Athènes. La Religion des filles d'Athènes à l'époque classique. Mythes, cultes et société", en *Annales Littéraires de l'université de Bensaçon*, nº 363, Paris, 1987.
- Cameron, A., y Kurt, A., *Images of Women in Antiquity*, Londres, 1993.
- Carr Rider, B., *The Greek House*, Cambridge, 1965.
- Flacelière, R., *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*, Buenos Aires, 1959.
- Pomeroy, S., *Diosas, rameras, esposas y esclavas*, Madrid, 1987.
- En la red:
 Everyday Greek Life
[http:// www. rmplc.co.uk/education/sites/allsouls/bm/room68.html](http://www.rmplc.co.uk/education/sites/allsouls/bm/room68.html)